
El minero en el moderno relato boliviano

Los textos de los historiadores del Nuevo Mundo mezclan frecuentemente la objetividad histórica con la moralidad y la fantasía. Así, por ejemplo, Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela (1676-1736) nos confiesa en el prólogo de su *Historia de la Villa Imperial de Potosí* que va a tratar de «hermanar la llaneza de estilo con la verdad de los casos, sin que la claridad decline a bajeza ni el cuidado peque en afectación; y todo será para deleite y provecho del ánimo, atendiendo también a que lo narrativo agrade por nuevo, admire por extraño, por ejemplar exhorte, su dañoso escarmiente, y si imitable provoque lo bueno»¹. El afán de verdad se expresa en un estilo llano, dramático a veces, con una gran fuerza descriptiva que refleja unas indudables inclinaciones literarias. Sin embargo, en el caso específico de la descripción de la mina boliviana, no se trata de presentar ni a un hombre feliz, ni a una naturaleza pródiga, sino que, por el contrario, domina la crítica social, hecha por un criollo fiel a la Corona. La reelaboración novelesca que Arzáns hace de materiales históricos es sugestiva, y no desprovista de pasión a pesar de que afirme: «Demás que escribiendo libre de toda pasión...» en su crítica se destaca la defensa del indio y la censura de la codicia, la pereza y el falso pundonor del español. Estilísticamente el barroco y adulator comienzo contrasta con la dramática descripción del interior de la mina².

El relato de tema minero aparece en Bolivia tarde, ya entrado el siglo XX, y ha sido cultivado con desiguales resultados por autores nacionales. Jaime Mendoza recoge su experiencia como médico en los centros mineros de Uncía y Llallagua en su novela *En las tierras de Potosí* (1911). Novela realista —el «Gorki boliviano» lo llamó Rubén Darío— cuyo testimonio elude el conflicto directo entre el minero y su trabajo. La falta de una experiencia directa de lo relatado se acusa en el estereotipado

¹ Citamos por la *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, de BARTOLOMÉ ARZÁNS DE ORSÚS Y VELA. Providence. Rhode Island: Brown University Press, 1965.

² «La muy celebrada, siempre ínclita, augusta, magnánima, noble y rica Villa de Potosí; orbe abreviado; honor y gloria de la América; centro del Perú; emperatriz de las villas y lugares de este Nuevo Mundo; reina de su poderosa provincia; princesa de las indianas poblaciones; señora de los tesoros y caudales... Cerro de Potosí; clarín que resuena en todo el orbe; ejército pagado contra los enemigos de la fe; muralla que impide sus designios; castillo y formidable pieza cuya preciosas balas los destruye...» *Ibid.*, tomo I, pág. 3. «Innumerables son los que han perecido en sus entrañas: cada paso que dan en una de sus minas llegan a los umbrales de la muerte, sirviéndoles a cada uno de vela para morir aquella que traen en la mano para poder andar. Unas veces se les apaga la luz y allí perecen; otras se los traga la misma tierra donde pisan, porque ignorantes de los huecos por debajo pasan, se abren y los sepultan; otras se hallan enterrados de los sueltos que sobre ellos caen; otras se caen en aquellos pozos y lagunas de mucha profundidad que hay allí dentro y se ahogan». Tomo I, págs. 66-67.

retrato del minero como un ser degenerado³, indigenismo negativo que lo sitúa dentro de la tradición de *Pueblo enfermo* (1909), de Alcides Arguedas. Por el contrario, *Socavones de angustia* (1953), de F. Ramírez Velarde, constituye un conmovedor relato sobre las condiciones del minero que el propio novelista vivió. La novela nos presenta la problemática del campesino convertido en proletariado y su deseo, nunca cumplido, de volver a su origen, a la tierra o Pachamama. *Metal del diablo* (1946), de Augusto Céspedes, es una biografía de Patiño, uno de los tres «barones del estaño». La acción de la novela se extiende desde el comienzo de la era del estaño a la masacre de Catavi (1942). Néstor Taboada Terán, en *El precio del estaño* (1960), analiza la huelga minera (con motivo del reajuste del precio del estaño durante la segunda guerra mundial), que siguió a esta masacre de Catavi. Un tono más revolucionario, marxista, acusa *Los eternos vagabundos* (1939), de Roberto Leyton, novela donde apasionadamente se denuncian las condiciones infrahumanas del minero. En *Mina* (1953), relato escrito por el educador Guillén Pinto y su esposa, se predica la liberación del indio por la educación. La solución pedagógica propugnada por estos autores se muestra insuficiente, ya que el problema del indio es fundamentalmente socioeconómico, según la conocida tesis de Mariátegui defendida en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*⁴.

El boliviano Alfonso Gumucio Dragón tiene un dramático relato —«Minero de último nivel», Cuadernos de Vientos Nuevos, 1974— donde las elucubraciones de un minero en el nivel más profundo se mezclan con los recuerdos de la muerte de familiares y amigos dentro de la mina. Al íntimo y morboso pensar del minero mediante el pronombre «tú» («Las veces que te habías preguntado si todos los mineros se mueren antes de los cuarenta años de silicosis») se oprime la voz del narrador que en tercera persona describe el ritmo martilleante de la picota en ese socavón de la muerte que trabaja el minero: «Cada golpe ensanchará tu estómago en espera de tu ración, su pobre ración diaria de comida, su rica ración de riesgo, silicosis y muerte.» Enajenado por el trabajo y su siniestro futuro, el personaje queda en el fondo de la mina anhelando una liberación que tentadoramente le ofrece la cercana dinamita. En «Interior mina», un cuento incluido en *El Quijote y los perros*⁵ un oficial, durante una de las muchas militarizaciones de las minas, pide a un niño le descubra el paradero de su padre, a lo que el primero irónicamente responde: «Mi papá dice que si quiere hablar con él —dice que si quiere— que vaya a buscarlo en interior mina» (166).

³ «El obrero que describe Mendoza es el individuo derrotado por el esfuerzo, insignificante en el medio social que le rodea, un paria: es, en definitiva, un campesino... El minero en su lugar de trabajo es el depositario de la experiencia colectiva y de la sabiduría de su clase... Este es el minero que no debe ser confundido con el campesino derrotado por el destino adverso» GUILLERMO LORA: *Ausencia de la gran novela minera*. Bolivia: Ediciones El Amauta, 1979, pág. 12.

⁴ «Insurgimos, primeramente, contra la tendencia instintiva —y defensiva— del criollo o “misti”, a reducirlo a un problema exclusivamente administrativo, pedagógico, étnico o moral, para escapar a toda costa del plano de la economía... Colocando en primer plano el problema económico-social, asumimos la actitud menos lírica y menos literaria posible.» JOSÉ CARLOS MARIATEGUI: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Habana: Casa de las Américas, 1963, pág. 33.

⁵ *El Quijote y los perros*. Cochabamba: Editorial Universitaria, 1979.

El cuento «Copagira», del cochabambino Adolfo Cáceres Romero, incluido en el volumen de igual título ⁶, nos sitúa en la cantina del campamento minero durante una de las muchas huelgas. El cantinero maltrata a la chola Eulalia con la que tuvo el niño que ésta lleva ahora en sus espaldas. Los pensamientos del cantinero, en letra negrilla, nos van descubriendo sus verdaderos sentimientos por esta mujer que poseyó en la mina, «en medio de la copagira» (72). En su brutal pasión la mina los unió, pero fuera de ésta, Eulalia, la palliri, se convierte en un ser extraño, en «la loca del campamento» (73). El relato se cierra con un paralelismo entre ese perro maltratado, que aparece merodeando desde el principio del relato, y la loca de la palliri que trata patéticamente de dar leche a su hijo muerto: «El perro sigue en el lugar de siempre, incommovible, a pesar de haber olfateado un cuerpo extraño al otro lado de la puerta. La loca, con un plañido musical, frente a las estrellas, procura dar de mamar al hijo que tiene un solo gesto inmóvil» (76).

Entre los testimonios periodísticos más recientes, habría que mencionar *Nueve días de viaje por las minas*, de Alfonso Medrano ⁷. El periodista acompañando a una comisión oficial recoge testimonios de mineros en los centros de Catavi, Siglo xx, Colquiri y Pulacayo. En este emocionante documento se nos revelan las dramáticas condiciones de estos mineros condenados a muerte: «En el hospital, un médico exhibe radiografías de trabajadores enfermos con silicosis (el trabajador de interior mina respira en un ambiente cargado de partículas de sílice), tuberculosis y otros males, que junto a las masacres se ocupan de su inexorable exterminio. Las vistas de tales “fotografías internas” causan patética impresión. Manchas lúgubres expandidas como un secante, dentro del tórax: la muerte ganándole la batalla a la vida» (67). Otro dramático testimonio es el de Domitila Barrios de Chungara: *Si me permiten hablar. Testimonio de Domitila: Una mujer en las minas bolivianas* (México: Siglo XXI, 1977). En su libro pone en evidencia la situación miserable del minero boliviano y, en particular, la lucha de las mujeres para conquistar sus derechos.

Un escritor que ha consagrado últimamente una importante colección de relatos al tema minero es el paceño René Poppe. *El Paraje del tío y otros relatos* ⁸ demuestra un notable esfuerzo por la búsqueda de un estilo en este joven narrador (nacido en 1941), cuyo primer relato fue *Después de las calles* (1971). Los cuentos de Poppe nos enfrentan con el tan discutido e insoluble problema de la relación compromiso social y estilo. Tratar el tema minero es adoptar una postura, una actitud ante este sector social. Poppe vivió como minero, no como escritor, por algún tiempo en interior mina en Siglo XX, pero la experiencia de lo novelado, como sabemos, no es suficiente para ser escritor, ya que éste, como cualquier otro oficio, requiere un aprendizaje de la herramienta literaria para poder plasmar literariamente unas vivencias. Es decir, para poder revelar esa casi inasequible zona situada entre lo empírico y lo imaginario. Pero la realidad que nos describe Poppe, el submundo de los mineros, es de por sí tan extraña y brutal que no exige, como quería Brecht, el distanciamiento para que «lo

⁶ ADOLFO CÁCERES ROMERO: *Copagira. Cuentos marginales*. Cochabamba: Editorial Universitaria, 1974.

⁷ ALFONSO MEDRANO: *Nueve días de viaje por las minas*. Cochabamba: Editorial Universitaria, 1968.

⁸ *El paraje del tío y otros relatos mineros*. La Paz: Edición Piedra Libre, 1979.

habitual, lo cotidiano, se presente como algo insólito o extraño»⁹. Pero todo arte es una ideología y, como dice Luckás en su tesis fundamental, una representación o reproducción verídica de la realidad, no en su apariencia superficial, sino en su esencialidad. La obra de arte es parte integrante de la realidad social e incluye la biografía y la visión del mundo del autor, es decir, de su clase que en el caso de Poppe correspondería a una mezcla de proletariado y clase baja media de tendencia progresista. Aunque la posición ideológica del autor sigue dominando en *El Paraje del tío y otros relatos* se advierte, comparándolos a su obra anterior, un notable esfuerzo por dominar las palabras, esa realidad artística inseparable de la realidad social. La obra, en último análisis, se percibe como un todo en que el contenido (representaciones, ideales, sentimientos) es inseparable del modo en que se expresa.

Temáticamente, los cuentos de Poppe podrían ser categorizados en tres grupos: a) interior mina, b) superstición, c) político.

El innominado personaje de «En el rajo», cuando está robando dentro de la mina, práctica de justicia compensatoria que se conoce desde la Colonia¹⁰, descubre la inquietante figura de su amigo el Chuspi «con el combo en la mano, qué aspecto de apurado, de rodillas ante un planchón enorme, qué aire de preocupado, y esos gestos de amargura, ante un planchón enorme el Chuspi» (10). Pero sorpresivamente el jefe le descubre que el Chuspi fue aplastado el día anterior por un planchón. En «Mi mano», dos personajes, el Kuro y el Rojas, recordando la conversación que mantuvieron con su jefe para que les diera trabajo, avanzan por la galería pensando supersticiosamente en la muerte del minero Vargas, cuya mano todavía no ha sido encontrada, «esa mano que desde entonces va buscando como un desesperado» (24). El jefe, buscando a los dos mineros, descubre al Vargas que busca su mano. El carrito Tucán en «Una mita más mi general» no quiere retrasarse en su trabajo, porque los militares sospecharían de su tardanza. La muerte se le aparece anunciándole que se lo va a llevar. Pide el Tucán un aplazamiento y se le concede una hora. Al final, la muerte y el militar se confunden al cumplirse la condena contra el Tucán, el minero contra el que se han conjurado las fuerzas naturales y sobrenaturales: «En medio local de la Sede, frente al burócrata, la Muerte con charreteras, vamos mierda, al Tucán, la hora ya está cumplida, ráfagas, ráfagas, ráfagas» (62). Los militares han ocupado la mina durante la acción de «La cita definitiva», relato en que la Muerte aparece encarnada en un militar a quien la mujer del minero va a implorarlo para que se apiade de su desamparo. Este ruego da lugar a una breve descripción sobre las consecuencias que la muerte de su esposo tendrían en esta palliri, o mujer minera que trabaja recolectando y machacando el mineral fuera de la mina: «Otra vez tener que trabajar catorce horas de palliri, desangrándose las manos, enfermándose con silicosis, sin poder atender a sus seis hijos, sin lograr hacer alcanzar la comida para ellos, sin poder contar con el cuarto, que, una vez muerto Roberto, le quitaría la empresa» (67)¹¹. El

⁹ A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ: *Estética y Marxismo*, I. México: Era, 1970, pág. 37.

¹⁰ «Se cree indudablemente que (los indios) escondieron y llevaron a sus tierras muchísima cantidad de planchas de plata, que junta con la que los españoles mineros y contratantes sacaron en pasta sería otra cantidad que igualase a lo que se reconoció haberse registrado y quitado.» ARZÁNS: ob. cit., pág. 151.

¹¹ Para un dramático testimonio de las condiciones de esta mujer véase «Las Palliris: La última frontera»,

General, convertido en Muerte, le anuncia finalmente que tiene una cita con su esposo dentro de la mina. En «Premonición» un militante minero es detenido y ejecutado cortándole la cabeza. Al despertar de esta pesadilla el minero es detenido y ametrallado, acto que nos revela, una vez más, los nebulosos límites entre el terror del mundo subconsciente y consciente.

Dentro del tema del mundo supersticioso del minero se destaca el culto del «tío», deidad a la que apela como refugio para preservar su inalienable identidad, así como para defenderse espiritualmente contra el mortal peligro de su trabajo. Sobre el significado del «tío» hay distintas interpretaciones. Para uno es el saija, el diablo, y para otros es un minero perdido en los socavones cuya alma recorre la mina¹². El «tío» se relaciona con el supay o huari, el espíritu de la montaña, que lo protege, el dios fertilizante del subsuelo, opuesto al dios de la tierra (Pachamama)¹³. El tío es fundamentalmente el proveedor, el ser mitológico que da sentido a su existencia, el personaje central de la creencia minera que no hay que confundir con el diablo, encarnado por los conquistadores españoles; protector contra los peligros reales e imaginarios que le acosan en su diaria labor¹⁴. El «tío» es una figura modelada en roca, en barro mineralizado, de aspecto monstruoso con grandes y deformes dientes y un cigarro en la boca. Se le rinde homenaje después de haber mascado coca, fumado un cigarro y bebido. Estos tres elementos —coca, tabaco, alcohol— que el minero tanto valora son una forma de retribución por la protección que busca en el «tío». Esta deidad no es el rey del infierno, sino que, por el contrario, comparte solidariamente la labor del minero como dueño espiritual de la mina. La solidaridad con el «tío» es, pues, una forma de seguridad, aunque también existe la creencia de que los que trabajan con un contrato con el «tío» pronto morirán¹⁵. Signo ambivalente que les atrae y atemoriza, el «tío» es una manifestación típica del

págs. 33-36 del libro *Galerías de muerte. Las minas bolivianas*, de GREGORIO IRIARTE, Montevideo: Tierra Nueva, 1972.

¹² Véanse las págs. 132-133 («El tío» de *Espíritu eterno*, obra de NATTY PENARANDA DE GUILLÉN DE PINTO. La Paz: Empresa Editora Universo, 1974.

¹³ «Las imágenes del “Tío” son muy comunes en las minas. Son modeladas con barro mineralizado en diversas formas y tamaños, representando siempre el culto fálico de la fecundidad. Su rostro expresa una actitud benevolente, brotando de sus labios una carcajada sardónica mezclada de generosa bondad e irónica malicia. Nunca le debe faltar el cigarrillo, así como un buen surtido de chicha, coca y alcohol...» IRIARTE: Ob. cit., pág. 16.

¹⁴ «La psicología del trabajador minero que abarca a su familia y al campamento entero se manifiesta totalmente sometida a los designios de tan importante personaje, constituido en el dueño de las riquezas del subsuelo y soberano indiscutible de la mina...» (41); «De este modo, directa o indirectamente, el mito del Tío es un fenómeno psicológico que mantiene vivas la fe y la esperanza del folk minero obrando como un factor de equilibrio entre lo brutal de su trabajo físico y las manifestaciones espirituales de este hombre, aparentemente hosco y desinteresado por la vida y, sin embargo, mantiene sus creencias como supervivencias de la mitología andina con la absoluta certeza de que en el Tío, tiene un pariente, un amigo, un protector, un dios bondadoso en la entrega, pero severo en la aplicación del castigo» (84). ALFONSO GUERRA GUTIÉRREZ: *El tío de la mina. Una supervivencia de la mitología andina*. Oruro (Bolivia), 1977.

¹⁵ «Conviviality and the companionships developed in work are so important for survival that those who work alone raise suspicions that they are working on a contract with the devil and that they are doomed to die shortly», 192 en *We eat the mines and the mines eat us*, de JUNE NASH: Nueva York: Columbia University Press, 1979.

animismo de la mentalidad primitiva que dota al mundo de caracteres antropomórficos. Esta capacidad «animista» del indio minero para experimentar la realidad mágica, dominando las fuerzas naturales y sobrenaturales de la mina, se relaciona con la participación mágica que Lévy-Bruhl atribuye a los pueblos primitivos, es decir, con la representación colectiva de orden emocional.

El tema del «tío» aparece en el cuento de Poppe «Khoya loco». El innominado personaje es un nuevo operario venido del campo (un inadaptado como la mayoría de los mineros) que nos va relatando en primera persona sus experiencias con su maestro el Tucán. Técnicamente, la disposición de la página se modifica ampliando los márgenes, interiorizando las alusiones al tío, para destacar la intimidad entre el minero y su deidad:

Estaba sentado dentro de una gruta en la roca horadada
tenía un kuyuna apagado en los labios
sus ojos de canicas, con franjas verdes, azules y rojas me impresionaban,
me asustaban y atraían su cara larga, lisa, plomo, rojiza y sus orejas puntiagudas... (32).

Obsesionado con la visión del «tío», el personaje siente necesidad de rendirle homenaje («Los martes y viernes le llevaba coca, quemapecho y kuyunas», 33), práctica que se convierte en obsesión y, finalmente, en locura. Cuando la cabeza del ídolo es destrozada por una explosión de dinamita, el minero empieza a sentir dolores, y al ir a reparar la figura se ve su propia imagen en la del «tío» que contempla la locura del minero. En «El Maligno», la contemplación del «tío» termina con la muerte del minero, quien antes de ir a su casa, y atraído por el «tío», se precipita en un barranco.

Ramón Troncoso, en «El paraje del tío», cuento que también da título a la colección, buscando el misterio del agua que brota cerca de la mina, llega al pasaje del «tío», ídolo a quien rinde fervoroso homenaje. El «tío» compensa esta devoción ayudándolo a describir ricas vetas de estaño. En uno de sus viajes de su casa a la mina, Ramón es seguido por su mujer y unos amigos que lo atacan en el exterior de la mina robándole el metal. Cuando entran en la mina ven a Ramón en el paraje del «tío» y en el lugar donde atacaron a Ramón ven al «tío». Ante esta metamorfosis, «quedaron petrificados por el castigo y la soberana voluntad del tío» (93).

Dentro del relato político-social podrían agruparse varios cuentos donde se nos muestra la injusticia cometida contra el minero como individuo y como representante de una clase y un grupo político. Se trata fundamentalmente de denunciar los abusos cometidos contra el minero y contra una situación social injusta. Objetividad, documentación y falta de lirismo son algunos de los rasgos de estos cuentos. En «A puro golpe», un minero de siglo XX, al quedarse solo en interior mina, es detenido y asesinado por dos agentes al servicio de la oligarquía por haberse distinguido entre los activistas políticos de la mina. El mismo personaje, Trocis, protagoniza «Antes de la masacre», cuento donde se nos descubre su tenacidad y entereza como viejo obrero y militante que busca al oficial que asesinó a su hijo. La ejecución final del verdugo se efectúa mediante un brutal acto de expiación: «Fuerte fue el abrazo, como para sujetar con inaudita fuerza la dinamita que entre los dos pechos estallaría instantes después» (56). Los promotores de la represión militar en «Saliendo del agitado sueño»

no logran encontrar el Flaco, quien se ha refugiado en interior mina donde organizó un sindicato clandestino. Al despertar de una pesadilla en que es perseguido lo ametrallan. Sueño y realidad nuevamente se confunden imponiendo un terrible vacío a la vida y a la muerte: «dejándolo con los ojos abiertos mirando nada» (47).

El minero Kholá en el cuento del mismo título, «La Kholá», despierta con funestos presagios durante la ocupación militar de la mina. Con el Flaco, un dirigente sindical, discute la táctica más efectiva para una huelga. La ideología del autor se transmite en el discurso del Flaco en torno a la necesidad de un auténtico partido obrero: «Cuánta falta hace un partido de los obreros, para que nos orienten correctamente, pues oyes, para que sepan preveer los acontecimientos, para que las masacres no lleguen en cada gobierno, ¿no ves que la acción de un sindicato, por más revolucionario que sea, hasta cierto límite nomás llega?» (104). En la mina se establece una solidaridad entre el minero y el soldado que lo custodia. El Kholá se convierte en símbolo de los que tuvieron fe en el esfuerzo colectivo, pues su labor individual concluye en rebelión solidaria y esperanzada.

El héroe de los relatos de Poppe es el minero, la clase proletaria, tanto en sus terribles condiciones de vida, como en las constantes persecuciones y rebeliones de este combativo sector social. Más que la descripción del personaje, domina el pavoroso ambiente de interior mina, de ese mundo dantesco que, a veces, de confunde con el terror de la represión militar que acecha en el exterior. Poppe abusa de los términos técnicos¹⁶ que, aunque dotan de autenticidad a sus relatos, entorpecen, de alguna forma, su lectura.

JOSÉ ORTEGA

600, 70 th St.

KENOSHA, Wisconsin 53140

Estados Unidos

¹⁶ Por ejemplo: guaratojo, casco protector; copagira, agua amarillenta en el interior de la mina; trole, cadena de vagones; rajo, túnel de 25 a 30 metros; buzón, túnel estrecho y perpendicular que viene desde un nivel superior; chimenea, corredor vertical; jaula, ascensor; mita, jornada de trabajo, o conjunto de indios sometidos a la mita; tojo, pedazo de roca; grueseó, triturado de mineral; rentista, trabajador jubilado; chasque, acción de echar carga a nivel inferior; jucus, ladrones de mineral; pijchear, mascar coca; callapo, tronco-viga; lama, último residuo del mineral con alguna porción de azogue; caja, roca o tierra dentro de la cual corre la veta, etc.